

MONOGRAFÍA

Anales de **Literatura Hispanoamericana**

ISSN: 0210-4547

<http://dx.doi.org/10.5209/ALHI.58280>EDICIONES
COMPLUTENSE

Vigencia de Rubén Darío con Antonio Oliver y Carmen Conde

Francisco Javier Díez de Revenga¹

Resumen. Reivindicación de las figuras de Antonio Oliver y Carmen Conde, artífices junto a Francisca Sánchez, de la recuperación de la documentación dejada por Rubén Darío en su casa de Madrid en 1916.

Palabras clave: Rubén Darío; Francisca Sánchez; A. Oliver Belmás; Carmen Conde.

[en] Validity of Rubén Darío with Antonio Oliver and Carmen Conde

Abstract. Claim of the figures of Antonio Oliver and Carmen Conde, architects together with Francisca Sánchez, for the recovery of the documentation left by Rubén Darío in his house in Madrid in 1916.

Keywords: Rubén Darío; Francisca Sánchez; A. Oliver Belmás; Carmen Conde.

Como citar: Díez de Revenga, F.J. (2017) Vigencia de Rubén Darío con Antonio Oliver Belmás y Carmen Conde, en *Anales de Literatura Hispanoamericana* 46, 233-241.

A cien años de su muerte, nos planteamos una vez más la vigencia de Rubén Darío, utilizando un título de Guillermo de Torre. La poesía de Rubén Darío suele valorarse actualmente desde dos puntos de vista complementarios. Por un lado, hay que destacar la trascendencia histórica de sus innovaciones en el campo de la poesía en lengua española. Por primera vez, desde el descubrimiento de América, las innovaciones vienen desde aquel lado del Atlántico a éste, y la metrópoli acoge la fuerza expresiva del arte de Rubén como la única posibilidad de renovación que la lírica decimonónica en España, en la segunda mitad del XIX, no había logrado.

Rubén no sólo es el más importante poeta del modernismo hispánico, sino también su máximo promotor y el permanente difusor de sus novedades a este lado del Atlántico. Poderosamente influido por las poéticas simbolista y parnasiana francesas, pero también con una notable formación clásica greco-latina y una educación literaria basada en la lectura de los clásicos españoles, consigue Darío una simbiosis de diferentes culturas —entre las que no está ausente el orgullo indigenista— que transporta a toda América y trae a España con el cultivo de una poesía muy innovadora en cuanto a los recursos estilísticos, la lengua poética y la métrica.

¹ Universidad de Murcia.
E-mail: revenga@um.es

De otro lado hay que valorar la poesía de Rubén como obra personal, en la que tanto entran en juego el intimismo heredado del romanticismo y del simbolismo francés, la recuperación del sentido del arte en la creación poética, heredada del parnasianismo francés, como unas incipientes consideraciones sociopolíticas, premonitorias respecto a América de lo que habría de ocurrir a lo largo del siglo. Elegante, cosmopolita, fastuoso, emprendedor, su arte no oculta por ello la grandeza de un alma atormentada, preocupada por el destino del hombre y de su relación con la naturaleza y el mundo que no dejan de tener interés hoy.

Poeta muy admirado en su tiempo, seguido por generaciones de forma más o menos visible, mantiene hoy su trascendencia para nuestras letras tanto desde el punto de vista histórico como poético. Su aventura humana, expresada en algunos de los poemas más sinceros escritos en nuestra lengua, no ha dejado de interesar, y aun hoy ofrece matices de reflexión que aún no han sido superados.

Es el momento de recordar también aquí la trascendencia de Darío en las generaciones de poetas (y también lectores, estudiosos, y críticos) surgidas en España a partir de los años veinte en España, y que ha legado ejemplos de admiración que he venido estudiando a lo largo de los años desde una lejana ponencia en 1988, sobre la presencia de Darío en los poetas del 27 así como estudios posteriores sobre la visión que del poeta nicaragüense ofrecieron poetas de aquella generación como Pedro Salinas o Gerardo Diego.

Hemos de partir para esta interesante relación de la admiración de Rubén por don Luis de Góngora. Dámaso Alonso ya señaló que el culto a Góngora lo trae a España Rubén Darío, y él lo aprende del simbolismo francés. Es curioso y hasta cómico. El entusiasmo de Verlaine por Góngora no pasa de ser una intuición: Verlaine ama a Góngora, a quien no conoce porque es un poeta maldito. Lo cierto es que, como es sabido, Verlaine admiraba a Góngora, y su verso «a batallas de amor campo de pluma» encabezó un poema, exactamente el titulado «Lassitude» de sus *Poèmes saturniens*, que el autor de *Fiestas galantes* tomó de las *Soledades* de Góngora, verso 1091 y último de la Soledad primera. Por otro lado, Rubén manifestó en más de una ocasión su admiración, junto a otros genios españoles, por «el bravo Góngora», como lo llama en las «Palabras liminares» de *Prosas profanas* y *otros poemas*, y desde luego, con otros genios, es un símbolo de la España que Rubén más admira y aprecia.

Sin duda, quien antes y más efectivamente contribuyó, entre los poetas del 27, a situar a Rubén en relación con Góngora, fue Gerardo Diego, ya que, como señala su biógrafo Antonio Gallego Morell, comenzó sus lecturas poéticas, como otros compañeros de generación, por Rubén Darío. En 1927, el poeta, que reconoce en su poesía una etapa inicial modernista, incluye en su *Antología poética en honor de Góngora* a Rubén Darío como último eslabón de la cadena del gongorismo o del culteranismo. Incluso en el subtítulo de tan interesante antología figura el nombre del autor de *Prosas profanas*: «Desde Lope de Vega a Rubén Darío». No desaprovecha Diego la oportunidad del prólogo para justificar tal inclusión. Rubén como punto y aparte del antigongorismo del siglo XIX, cuando advirtió que al doblar el cabo del novecientos Rubén Darío el bueno volvió a nosotros con la poesía recién viva entre sus trémulas manos. Y con ella la devoción Góngora, ya presente en los simbolistas franceses. Por supuesto, los versos escogidos para esta

antología no podían ser otros que los que componen el Trébol de *Cantos de vida y esperanza* (1993: 279-280):

En 1948, Pedro Salinas publica, en Buenos Aires, en la editorial argentina Losada, su libro *La poesía de Rubén Darío. Ensayo sobre el tema y los temas del poeta*. La aproximación de Salinas al mundo poético de Rubén Darío es mucho muy amplia y ambiciosa. Ese libro que se plantea como un «ensayo del tema a los temas del poeta» nos muestra en sus páginas el camino que va desde el tema principal, el particular erotismo dariano, a los temas, entre los que la concepción del arte y la poesía, y la preocupación social no son los menores.

Pero, en la concepción de Salinas, como hemos podido ver en un trabajo anterior a través de algunas de sus incursiones en el mundo de *Cantos de vida y esperanza*, la obra de Rubén responde a un mismo impulso, que afecta a todos los poemas y a todos los asuntos transmitidos en sus versos. Él mismo con su humanidad transporta a su palabra poética sus ansiedades. Salinas las conocía bien, porque él mismo, gran poeta del amor del siglo XX, las sintió en sus carnes. Con el amor, el tiempo y la muerte: Eros, Chronos y Thánatos: eso era Rubén. Y Pedro Salinas lo sabía muy bien y muy bien lo supo explicar.

Habida cuenta de las anteriores consideraciones, quiero dedicar mi ponencia en este congreso en la Universidad Complutense, en Madrid, que conmemora los cien años de la muerte del gran Rubén Darío, a dos escritores de la Región de Murcia que hicieron mucho por el poeta nicaragüense y por la conservación y difusión de su legado. Me refiero a Antonio Oliver y a Carmen Conde y también a la documentación que se conserva en el archivo del Patronato del Ayuntamiento de Cartagena que gestiona y conserva el legado de los dos escritores, denominado Patronato Carmen Conde Antonio Oliver.

Nacido en Cartagena, el 29 de enero de 1903, Antonio Oliver Belmás fue, hasta la Guerra de España, funcionario de Telégrafos. Colaborador de la República, participante en las Misiones Pedagógicas fundó, con su esposa Carmen Conde, la Universidad Popular de Cartagena. Al estallar la contienda, Antonio Oliver se une al ejército republicano como telegrafista, y al acabar, tras una breve prisión en Baza en febrero-marzo de 1939 y ser expulsado de Cuerpo de Telégrafos, queda recluido en Murcia, en la casa de su hermana, en la Plaza de los Apóstoles.

En la Posguerra permanece apartado de toda actividad pública trabajando como ayudante en un estudio de arquitectura, mientras terminaba la carrera de Filosofía y Letras que había empezado en Murcia en los años veinte examinándose ante Jorge Guillén.

En abril de 1946 se le exculpa de los delitos por rebelión militar y se le concede el indulto y la libertad definitiva. Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad de Murcia en 1947, doctor, con premio extraordinario por la Universidad Central en 1954, fue profesor de Literatura Hispanoamericana y de Literatura Española y Europea en el Instituto de Estudios Europeos y dirigió el Seminario-Archivo Rubén Darío, dependiente del Ministerio de Educación Nacional, que había gestionado cerca de Francisca Sánchez, la mujer de Darío. En la Universidad Central fue desde 1949 Ayudante, Adjunto por oposición y encargado de Cátedra de Literatura Hispanoamericana. Estudioso del poeta nicaragüense, a su cargo estuvieron varias de sus ediciones y la biografía titulada *Este otro Rubén Darío*. Dirigió la Cátedra especial Rubén Darío de la Universidad

Complutense y fue Profesor Adjunto Numerario de Lengua y Literatura Españolas por oposición del Instituto de Aranda de Duero en 1960 y, desde 1962, del Instituto Cardenal Cisneros de Madrid. De 1951 a 1956 fue profesor de Literatura Hispanoamericana de la obra de Cooperación Sacerdotal Hispanoamericana de Madrid. También profesor en el Instituto Nacional de Enseñanza Media Cervantes (1948/1961), impartió cursos de folklore en el Instituto de Cultura Hispánica y cursos de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de New York en Madrid.

Muy interesante es su actividad como poeta, desarrollada desde su juventud, en los años veinte en Cartagena con participación en las revistas murcianas del 27, *Suplemento Literario de La Verdad* y *Verso y Prosa*, y continuada a lo largo de toda su vida. Antonio Oliver es el perfecto poeta del 27, cuya obra, según destacó Leopoldo de Luis, va desde la influencia juanramoniana y los brotes ultraístas hasta la rehumanización, sin omitir el neopopularismo, la valoración de la metáfora, el gusto por el lenguaje, el suave panteísmo y una clara exaltación vitalista.

Desde joven, siguió de cerca las novedades literarias del país, a través de las revistas de la época, tales como *Litoral*, *Papel de Aleluyas*, *Alfar*, de las que era asiduo. Entre 1927 y 1929 fue activo colaborador de la *Revista de Avance* de la Habana. En la década de los treinta, dirigió *Sudeste* junto a otros escritores levantinos (José Ballester, Raimundo de los Reyes, Juan Lacomba, Antonio Para Vico y Miguel Gimeno Castellar). Su bella obra poética está constituida por numerosos poemas sueltos y tres libros básicos publicados en vida: *Mástil* (1925), *Tiempo cenital* (1932) y *Libro de loas* (1947), su obra más personal. Mientras *Tiempo cenital* es un libro de poesía amorosa, con diferentes matices que van desde la ensoñación de la amada a la plenitud de la realización amorosa, el *Libro de loas* es un canto lleno de alegría, de gracia, muchas veces de ironía, en el que, con una precisa estructura, se hace un magno elogio del mundo y sus criaturas.

En los últimos años de su vida desarrolló una intensa actividad editorial y ensayística, mientras compaginaba sus clases en el Instituto con las de Literatura Hispanoamericana de la Universidad Complutense. Murió en Madrid, el 28 de julio de 1968.

Uno de los aspectos más reveladores de la calidad intelectual de Antonio Oliver es todo lo relacionado con Rubén Darío y su legado poético y editorial. Y en este terreno hay que destacar la labor que, en el campo de la ediciones realizó Antonio Oliver Belmás, ya que desde 1963 hasta su muerte en julio de 1968 a él y a su mujer, Carmen Conde, correspondió, por delegación de los familiares de Rubén Darío toda la gestión de los derechos de autor, y que una documentación preciosísima para valorar la difusión de la obra de Rubén Darío en España y fuera de España, se conserva en los archivos del Patronato Carmen Conde Antonio Oliver, de la ciudad de Cartagena, que fueron legados por Carmen Conde al Ayuntamiento de la milenaria capital, la ciudad natal de los dos esposos, como ya explique en mi ponencia «Las primeras ediciones españolas de Rubén Darío», recogido en el libro *Rubén Darío en su laberinto*, editado por Rocío Oviedo Pérez de Tudela para Verbum, en 2013.

Me voy a referir ahora a un aspecto de la vinculación de Carmen Conde y Antonio Oliver con Rubén Darío y con Francisca Sánchez, la mujer española de Rubén, y en concreto a un episodio bibliográfico que considero de actualidad y de absoluta justicia y que completa lo ya señalado, pero antes quiero recordar que la

figura de Carmen Conde supera, en la historia literaria, los cánones habituales: poeta, novelista, dramaturga, y, sobre todo, mujer de acción, emprendedora de iniciativas de trascendencia histórica, como la Universidad Popular de Cartagena, que fundara con su marido, el también poeta Antonio Oliver Belmás, en los años de la República, en su ciudad natal. Desde muy joven, se entregó al cultivo de la literatura, comenzando su poesía no por el verso, sino por la prosa, por el poema en prosa, que, en aquellos años, sólo los espíritus más selectos cultivaban, y que ella llegaría a renovar e impulsar a través de sus primeros libros.

Nacida en Cartagena el 15 de agosto de 1907, Carmen Conde en 1992 se retira a una residencia especializada en Majadahonda donde transcurrirá sus últimos años hasta la fecha de su muerte el 8 de enero de 1996. La poesía de Carmen Conde, en definitiva, se caracteriza por una constante y decidida lección de humanidad expresada en una lírica de poderosa fuerza evocativa y notable riqueza verbal. Grandes temas como el amor, la muerte y el tiempo son columnas firmes sobre las que se asienta todo su universo poético. Las interpretaciones de estos motivos son variadas: el amor encuentra su imagen clara observada desde la espiritualidad más encendida hasta la sensualidad más intensa. Son los tiempos, las épocas, los diferentes estímulos vitales los que van marcando los muchos matices que definen su poesía amorosa. La muerte es otro de los centros de atención de su poesía, pero no la muerte en el sentido tradicional, sino alumbrada en una interpretación original, modulada por la realidad vital: el esposo, los amigos y las amigas, los maestros.

Carmen Conde, en efecto, ha sido expoliada de la forma más contundente y desconsiderada. Resulta que la conocida periodista Rosa Villacastín, a la que antes nos hemos referido, junto a un novelista especialista en sorprendentes descubrimientos biográficos, Manuel Francisco Reina, han publicado una novela para darle nueva vida a Francisca Sánchez del Pozo, que fue la mujer española del gran Rubén Darío desde 1899 hasta dos años antes de morir el poeta, en Nicaragua, en 1916. Con Francisca tuvo cuatro hijos, de los cuales solo sobrevivió al poeta Rubén Darío Sánchez, muerto en la Ciudad de México, en 1948... Rehízo su vida Francisca, formó una nueva familia y Rosa Villacastín es una de sus nietas.

La novela, titulada *La princesa Paca, la gran pasión de Rubén Darío*, que publicó en 2014 en Barcelona Plaza Janés, narra con evidentes tintes melodramáticos y almibarados, y rienda suelta a la imaginación, el amor arrebatado que sintió Rubén por una muchacha analfabeta y de clase humilde, a la que conoció un buen día paseando con Valle-Inclán por la Casa de Campo de Madrid, en la que el padre de la joven, un modesto labrador de la sierra de Ávila, era el jardinero de esos reales sitios, tan próximos al Palacio Real. Rubén estaba casado con Rosario Murillo, de poderosa familia nicaragüense, porque no había conseguido divorciarse a pesar de que su matrimonio fue un engaño. El poeta se lleva consigo a vivir a la joven Francisca, la enseña a leer y escribir, y con ella convivirá en Madrid y en París hasta 1914, cuando ha de regresar a América, nuevamente engañado. Francisca Sánchez se enteraría por los periódicos de la muerte de Rubén, ya en febrero de 1916.

El no muy eufónico apelativo de «la princesa Paca», que da título a la novela, se lo impuso en París a la muchacha el poeta mexicano, gran amigo de Rubén, Amado Nervo, porque lo cierto es que Francisca se integraría totalmente en los círculos

literarios que Rubén frecuentó durante los años en que vivieron juntos y compartieron muchos gozos pero también dolorosas tragedias, como la pérdida de tres de sus hijos...

Los reclamos editoriales que promocionaron en 2014 la novela aseguran que se trata de un descubrimiento que la nieta de Francisca Sánchez ha hecho sobre su abuela, a la que le debe, tal como cuenta la periodista, este reconocimiento. Y en palabras previas añade: «Ya han escrito, bajo su propio prisma, escritores de prestigio como Antonio Oliver Belmás y su esposa, la gran escritora y Premio Nacional de Literatura Carmen Conde».

Reconocido esto, hay que señalar, sin embargo, que Villacastín y Reina nada descubren y nada añaden a lo que en 1964 dio a conocer Carmen Conde en su libro *Acompañando a Francisca Sánchez. (Resumen de una vida junto a Rubén Darío)*, escrito en 1957, y que no pudo publicar en España porque las dificultades que le pusieron los editores más renombrados (Espasa Calpe, Taurus, Losada) fueron insuperables. Tan sólo, tras un viaje a Nicaragua del matrimonio Oliver-Conde, una institución femenina, denominada Mesa Redonda Panamericana de Mangua (Talleres Tipográficos de la Editorial Unión de Cardoza y Cía.), decidió a publicar el libro, en el que Carmen, a través de 250 apretadas páginas, cuenta la historia completa de Francisca con toda devoción, da a conocer cientos de documentos inéditos y reconstruye toda la aventura íntima de esta muchacha y su vida con Darío.

En el Patronato Carmen Conde Antonio Oliver de Cartagena, se conservan numerosos documentos sobre la relación de Carmen Conde con Francisca Sánchez y los herederos de Rubén Darío, como hemos señalado anteriormente. A cambio Francisca Sánchez pidió a los representantes del ministerio que le proveyeran lo necesario para que pudiera estudiar una carrera a su nieta Rosa Villacastín.

Todo esto lo cuenta Oliver en su biografía *Este otro Rubén Darío*, publicado en Barcelona, Aedos, 1960, al haber obtenido el premio de biografías convocado por esa editorial, y a ello alude Carmen en su *Acompañando a Francisca Sánchez* para centrarse ella en su libro en dar a conocer no solo los documentos a que nos hemos referido, sino también el pormenorizado relato que Francisca Sánchez le hizo, con todo detalle, de su vida con Rubén a lo largo de muchos días de convivencia en la Sierra de Gredos.

Hay que hacer justicia con Carmen Conde y volver sobre su libro, y más en estas circunstancias de actualidad, ya que la prensa difundió el libro de Villacastín-Reina como un auténtico hallazgo no solo sentimental sino también documental. Pero todo lo de Francisca ya está en el libro de Carmen Conde, un volumen rudimentariamente editado, con escasa pulcritud en su presentación, aunque ilustrado con interesantes fotografías. Meritoria fue sin duda la decisión de esa organización femenina, la Mesa Redonda Panamericana de Managua, para editar el libro cuya tirada fue, según reza el colofón, de nada menos que de 5.000 ejemplares.

El libro es impulsivo y apasionado, y, conociendo a Carmen Conde y su acreditada «voluntad creadora», no puede extrañarnos que sea sí. Está compuesto de cuatro capítulos pero de desigual extensión, ya que el primero, el más extenso, que se titula «Encuentro y vida de Rubén Darío con Francisca Sánchez», comienza con el recordado paseo por la casa de Campo de Rubén y Valle-Inclán, en 1898, en

el que conoce a la joven de apenas diecinueve años Francisca y termina dos años antes de la muerte de Rubén, en Nicaragua en febrero de 1916, hace ahora cien años.

Reconstruye Carmen los catorce años de convivencia y separaciones de la pareja sobre la base de la transcripción literal de un número absolutamente sorprendente y altísimo de cartas, que va comentando sobre la marcha, ya que están plenamente integradas en su relato. Las cartas van firmadas, además de por Rubén y por Francisca, por Lola, la hermana de Darío, y por amigos y enemigos (estos últimos se van descubriendo según avanza el relato): Osvaldo Bazil, José Santos Chocano, José M. Torres Perona, A. Soriano, Luis Bonafoux, Juan Sureda, Julio Piquet, Julio Sedano y Alejandro Bermúdez.

Estos dos últimos reciben la máxima descalificación en los comentarios que va aportando Francisca a Carmen, ya que fueron los que «secuestraron» al debilitado Rubén y se lo llevaron a América. Recibe también descalificaciones por parte de ambas el estudioso argentino Alberto Ghirardo, que se aprovechó del archivo que custodiaba Francisca y sustrajo documentos del mismo que luego publicó sin autorización, y también recibe el oportuno rapapolvos nada menos que la editorial Aguilar, que se portó fatal con los herederos de Rubén, una vez muerto el poeta.

En el libro están muy bien tratados, como no podía ser de otro modo, los amigos españoles de Rubén, empezando por Valle-Inclán, por Manuel y Antonio Machado. Pero hay cartas aún más sorprendentes, como la que escribe un preso de la cárcel de Santoña, llamado Dimas García Ramos, a Francisca dándole el pésame por la muerte de Rubén y asegurándole que «la lectura de sus versos fueron el bálsamo consolador que cicatrizó muchas llagas, y, al morir, los pobres han perdido un bálsamo protector».

Quizá lo más valioso de todo el libro de Carmen Conde son las cartas cruzadas entre Rubén y Francisca. Rubén firma como «Conejo» o «Tatay» y a ella, a Francisca, la denomina cariñosamente: «conejita», «hijita», «tataya», algo que Villacastín-Reina han explotado hasta la saciedad en su novela para acentuar su empalagoso y melodramático tono. Carmen aporta además multitud de datos para demostrar que Rubén estaba verdaderamente enamorado de Francisca, desde estas expresiones en las cartas a los testimonios personales de la propia protagonista del ensayo, sin olvidar los testamentos (en los que la denomina «mi compañera», «mi buena amiga», y sin dejar de citar su presencia en la poesía de Rubén, evocada como cristalina, alma sororal, pura y franca, lazarillo de Dios en mi camino... El propio título del ensayo de Carmen Conde, procede del poema de Rubén: «Francisca». De hecho, cuando Carmen Conde junto a Antonio Oliver acudió a Navalsauz a encontrarse con ella, le dijo: «Francisca, sólo venimos a acompañarle», frase que hacía referencia al poema «A Francisca», que Darío le dedicó y que acababa con el verso «Francisca Sánchez, acompáñame».

Ajena al dolo y al sentir artero,
 llena de la ilusión que da la fe,
 lazarillo de Dios en mi sendero,
 Francisca Sánchez, acompáñame...

En mi pensar de duelo y de martirio

casi inconsciente me pusiste miel,
multiplicaste pétalos de lirio
y refrescaste la hoja de laurel.

Ser cuidadosa del dolor supiste
y elevarte al amor sin comprender;
enciendes luz en las horas del triste,
pones pasión donde no puede haber.

Seguramente Dios te ha conducido
para regar el árbol de mi fe,
hacia la fuente de noche y de olvido,
Francisca Sánchez, acompáñame...

Acompañamiento en el que el poeta insiste una y otra vez, tal como recoge una de las cartas reproducida que revela la dependencia del poeta de su amada: «Mi tataya, hoy te escribo ya repuesto de unos días de enfermedad que he pasado. Felizmente no ha sido muy fuerte, pero me has hecho muchísima falta. No hay como mi tataya para acompañarme. Recibí tu cartita y así quiero que me escribas. Mucho me gusta que estés engordando y que tú y María estén con buena salud. Cuídate mucho, mucho. Aquí ha vuelto el frío. Está muy bien que te hayas comprado la máquina. Así te distraerás más en la casa y harás tus cositas. Yo ya estoy con ganas de volver a París y procuraré hacerlo lo más pronto posible. Don Crisanto no ha vuelto todavía. Muchos besos a ti y María y que te acuerdes a cada rato de mí, como yo. Tu tatay».

Más de ciento cuarenta páginas de las doscientas cincuenta que tiene el libro en total ocupa este primer capítulo nutrido de tantos y tan interesantes documentos, mientras que el segundo capítulo solo ocupa cincuenta dedicado a descubrir las intrigas de Rosario Murillo, tras reproducir algunos de los poemas más significativos de Rubén en relación con el contenido de esta parte, titulada muy expresivamente «Entre la vida y la muerte». En sus páginas se reproducen algunos documentos muy interesantes, entre ellos cartas de Rubén a Rosario. Y se cierra el conjunto con un detallado estado de la cuestión sobre cómo tratan la figura de Francisca Sánchez algunos biógrafos de Rubén. Son impagables los comentarios que Carmen Conde dedica a algunos de estos estudiosos despistados y carentes de información de primera mano, de la que ella sin embargo ha dispuesto y de manera transcendental.

Los últimos capítulos, mucho más breves, contienen un resumen de la biografía de Rubén y el relato del final de la vida del poeta. La parte final es detalladísima ya que recoge las operaciones de hígado que sufrió inútilmente Rubén, en sus últimas semanas, de manos del Dr. Debayle, el padre de la célebre Margarita, la protagonista de uno de sus más repetidos poemas. Enumera Carmen las muertes que se producen en esas mismas últimas semanas de Rubén en la familia de Francisca: su madre, su hermano...

Un epílogo, que relata la muerte, el 6 de agosto de 1963, tras cruel enfermedad de Francisca Sánchez, y un apéndice completan un libro tan enjundioso, en el que se dan a conocer tantos datos de primerísima mano sobre la mujer española del

gran poeta, el Príncipe de las Letras Castellanas, marido de la parisina *princesse Paca...* Quede constancia, por tanto, de que la impecable reconstrucción documental hecha por Carmen es la que en la novela *La princesa Paca* ha sido expoliada sin contención alguna. *Suum quique (A cada uno lo suyo)*.

Como otros poetas de su generación, pero quizá aún más que ellos, Antonio Oliver y Carmen Conde admiraron y veneraron a lo largo de toda su vida a Rubén Darío y glosaron sus muchas calidades y especialmente algunas de las que sin duda más le sedujeron: su capacidad de innovación, su atrevimiento, su ansiedad por romper moldes, tanto desde el punto de vista de los universos poéticos, como desde la conformación formal, donde música y ritmo tienen un papel tan importante. Pero sobre todo admiraron su capacidad para crear, para crear poesía y arte, para crear con la palabra poética, superar con ella la vulgaridad de la vida cotidiana y comunicar, en fin, un nuevo espíritu, emociones y compromisos humanos, y una nueva fe en la poesía que en el caso de Antonio Oliver y Carmen Conde se acentuó de una manera especial por la propia implicación biográfica en la vida misma de Rubén y en la herencia del poeta que, por diversos caminos, llegó a sus manos. La Historia les debe a los dos un reconocimiento que, en esta Universidad Complutense, que fue la Universidad de ambos, me atrevo sin vacilación y sin ambages a reivindicar con emoción y con firmeza.